

**PACO LÓPEZ MENGUAL**

**EJECUTAR A  
OTTO MAIER**



La Fea Burguesía  
— EDICIONES —

MURCIA, 2018

La editorial es consciente de la necesidad  
de los recursos naturales para consumir cultura  
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,  
ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje  
de el Estrecho de la Encarnación en Caravaca (Murcia)



“Ejecutar a Otto Maier”

© Paco López Mengual, 2018

© La Fea Burguesía Ediciones, 2018

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

[www.lafeaburguesia.es](http://www.lafeaburguesia.es)

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Fernández Villa

Imagen cubierta: [es.pngtree.com](http://es.pngtree.com)

Fotografía del autor: Ginesa Meseguer

Primera edición: septiembre de 2018

IBIC: FA

ISBN: 978 84 947994 5 7

Depósito legal: MU 944-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar

o escanear algún fragmento de esta obra

# ÍNDICE

PRIMERA PARTE. 1974 .....	11
SEGUNDA PARTE (Seis años después). 1980 .....	143



A mis padres,  
Fulgencia y Bautista,  
porque las historias que me contaron  
viven en mí



# PRIMERA PARTE

1974





*El hombre avanza por el sendero arrastrando la silla y dejando tras de sí un surco discontinuo en la tierra. Su caminar delata una edad ya cansada. Parece no tener prisa; para él, el mundo hace años que ha dejado de rotar.*

*La mujer lo observa en pie desde la puerta de la casa, junto al pequeño huerto abandonado del que ya no arrancan frutos. En su mirada brilla la nostalgia por los tiempos de gloria y, también, la resignada certeza de que esos tiempos nunca regresarán.*

*Como cada mañana, el anciano coloca la silla frente al caballete, cerca de donde ha dispuesto la vieja gramola un rato antes. Lo rodea un amplio valle colmado de infinidad de verdes, de terrazas naturales sembradas de vida, sólo alteradas por el rojizo de los escasos bancales en barbecho, la verticalidad de los cipreses y el rosario de chopos que perfila el curso de un humilde arroyo. A lo lejos, brota una pequeña aldea que, vista desde la distancia, no es más que un maltrecho ramillete de casas de cal. Es, aquel, un remoto lugar donde ocultarse del mundo y, quizás, de uno mismo.*

*Del maletín saca las gafas y los pinceles. Antes de lanzarse de nuevo a la pintura que ha comenzado a esbozar el día anterior, desliza los ojos por el horizonte para empaparlos de belleza. Wagner comienza a sonar con toda su violencia por la bocina del*

*gramófono. Borracho de hierba, impregnado de los cientos de matices verdes que forman aquel mar de pasto, el anciano regresa al cuadro.*

*Empuña el pincel con mano autoritaria y arremete contra la obra, propinando estridentes brochazos, aplicando bruscos tonos sobre los inexpresivos rostros humanos que se asoman al mundo desde el interior del lienzo. Decenas de seres uniformes se alinean frente al pintor, sobre un fondo de impetuosos morados, azulones y granates. No vuelve a alzar la vista durante horas.*

*La mujer continúa allí, de pie junto a los restos del huerto, mirando lo que queda de los tiempos de gloria.*

## ESPERANDO A LEANDRO

Los pasos del guardia que conducía a Leandro hacia la salida retumbaban entre las altas paredes de la galería; sonaban como el solitario tambor de un ritual de despedida.

Con un macuto cargado de horas de espera en la mano, avanzaba en dirección a la puerta. Ya habían atravesado dos patios, así que la luz que resplandecía al fondo no podía ser otra que la de la libertad.

Unos metros antes de llegar al portón, el funcionario se detuvo. Ni siquiera se despidió. Tras unas décimas de segundo de titubeo, Leandro continuó andando solo hacia la calle. Desde allí ya se adivinaba el ruido del tráfico. Antes de atravesar la compuerta, volvió la vista atrás y la paseó por esos tres meses y siete días que había permanecido entre aquellos muros; respiró hondo, como si con el aire aspirado pudiera llevarse los recuerdos.

De pronto, una bofetada de sol le cegó. Dejó caer el bolso sobre la acera y, cercado por el sonido de los cláxones y los motores de los coches, intentó protegerse con la mano de la luz de la mañana. De pie entre el bullicio callejero constató que era un hombre libre. Enseguida, escuchó una voz de mujer que repetía a gritos su nombre.

—¡Leandro! ¡Leandro!

Como salida de una nube de confusión, Carola apareció y lo abrazó con entusiasmo. Notó la sinceridad del reencuentro. A pesar de la diferencia de altura, él también la rodeó con fuerza; sintió la ternura de sus senos sobre el pecho, aunque no se atrevió a besarla en los labios, como tantas veces había soñado sobre el camastro de su celda.

—¡Carola! ¡Qué alegría! No esperaba este recibimiento —dijo a la vez que una sonrisa le iluminaba la cara.

La encontró cautivadora y no pudo contener el impulso de acariciar su rostro mientras comentaba lo bien que le sentaba el nuevo sombrero sobre su melena aleonada.

—¡Estás más delgado! ¿Qué han hecho con tu pelo? —preguntó Carola deslizando las yemas de los dedos por sus cortos cabellos y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Supongo que han intentado segarlos, al igual que mis ideas. Pero ya sabes que las podas hacen brotar con más fuerza las ramas.

—Bueno, al menos han respetado tu barba.

La joven se contuvo para no hacer comentario alguno sobre el aspecto de la vieja herida que cruzaba la nariz de su amigo. Sin duda, acusaba la falta de sol.

Entonces Leandro se percató de la presencia de Silla: al otro lado de la calzada, repantigado sobre un Seat 124 de color blanco policial, vigilaba el teniente Silla. El inspector no alzó la vista y continuó repasando sus uñas. A modo de bienvenida al mundo exterior, escupió con vigor en el suelo. Luego, con la suela de sus desgastados zapatos de piel de cocodrilo, pisó el escupitajo y lo restregó por el asfalto.

—¿Cuántos hígados habrán pateado los zapatos de ese cabrón? —masculló Leandro entre dientes sin cesar de mirarle.

Con los recuerdos de su detención hirviéndole en el estómago, levantó el macuto del suelo y comenzó a andar cogido del brazo de la muchacha.

El Dyane 6 que conducía Carola se encontraba estacionado a la espalda de la Prisión Provincial de Murcia, en pleno centro de la ciudad.

—Ayer llamé a Pedrín y al Patillas —dijo a la vez que maniobraba para sacar el coche del aparcamiento—. Te envían recuerdos: a los dos les ha resultado imposible acudir esta mañana a recibirte.

—Ya... —comentó él esbozando una sonrisa de constatación—. No necesitas excusarlos: sabía que no vendrían. Mi detención debió de acojonarlos. ¿Qué pensaban? ¿Que esto es un juego? ¡Niñatos!

Siguió hablando de manera apocalíptica sobre el momento histórico en el que les había tocado vivir, de los presos políticos que se hacinaban en cárceles, de los peligros que acechaban al ciudadano que osaba enfrentarse a la dictadura.

Carola asentía con la cabeza, sin atreverse a interrumpir el discurso. Sabía que el Leandro que ahora abandonaba la prisión era un hombre juicioso, distinto al joven que conoció entre las mesas de novedades de la librería donde estaba empleado. Tenía la certeza de que su breve estancia entre rejas lo había dotado de un halo de héroe ante los ojos de todos. Un hombre valiente y admirado. El librero que, tan sólo unos meses antes, había sido detenido por un delito de imprenta, ahora se había convertido en un paladín de la libertad.

Mientras conducía, en el rostro de la muchacha se reflejaba el orgullo de poder acompañar a un autén-

tico luchador; de gozar del exclusivo privilegio de ser la depositaria de sus palabras. Durante el recorrido, sentía una extraña sensación entre el placer y el honor.

Sólo veintitrés años y el discurso de Leandro parecía colmado de experiencia y cordura. Hablaba en tono grave de los grandes hombres a los que había conocido entre aquellos muros, gente a la que la cárcel había proporcionado una sabiduría especial que sólo se adquiere allí.

—En los libros y en las bocas de los charlatanes únicamente hay palabras —afirmaba, empleando frases que parecían entresacadas de un pregón.

Continuó argumentando que la verdadera conciencia se lograba palpando, día tras día, las húmedas paredes de un miserable habitáculo; o captando en la piel el leve rayo de sol que apenas penetra en un patio interior, o mirando el mundo a través del único trozo de cielo que se aprecia desde el ventanuco de un muro.

—Ha sido duro, pero ha merecido la pena —comentó en otro momento del trayecto, sin dejar de mirar al frente, como miran los que poseen la certeza de saber qué hay más allá del horizonte.

La estudiante se mantenía en silencio, con aire serio, ratificando las frases con incesantes gestos afirmativos, intentando retener cada una de las palabras que iban fluyendo de la boca de Leandro, como si fuesen las sentencias de un profeta. La admiración que sentía por su amigo desde el mismo día en que lo conoció ahora se multiplicaba por diez.

—No continúes recto, por favor. En el siguiente cruce, gira a la derecha —solicitó él.

—¿No quieres que te acerque a tu piso? —preguntó contrariada.

—Sí, pero después. Me ha parecido ver por el espejo que un coche blanco nos sigue. Vamos a intentar despistarlo.

Carola se puso tensa. Por el retrovisor no cesaban de aparecer vehículos parecidos al que conducía el teniente. Unos dejaban de ser sospechosos al adelantar al Dyane; otros, al girar y cambiar de dirección en una esquina. Avanzaban en silencio por la ciudad, como temiendo que sus palabras pudiesen ser escuchadas. Cada semáforo en rojo se convertía en una espera interminable.

De golpe, el sonido de una sirena, que pedía paso desde atrás, logró estremecerlos. Se trataba de una ambulancia que intentaba escapar del atasco. Carola Gabarrón apenas conseguía controlar el temblor de sus pies.

Tras quince minutos de dar vueltas al azar por la ciudad y sin rastro del supuesto acecho de Silla, el expresidiario se relajó.

—Parece que hemos despistado a ese cabrón.

No quiso confesar a la conductora que tal vez se había confundido; un fantasma imaginario que le perseguía y que lo iba a volver loco. Abrió la ventanilla, sacó el codo y dejó caer los párpados. Se sentía cansado.

A veces, durante el recorrido, abría disimuladamente los ojos y contemplaba el perfil de Carola. Guapísima; no la recordaba tan atractiva. Durante un instante, detuvo la mirada en esas manos tan blancas y cuidadas aferradas al volante. Leandro sabía que, tras su estancia en la cárcel como preso de conciencia, la atracción que sentía la muchacha hacia él había aumentado, aunque se lamentaba de que no fuese como hombre, sino como líder de su pequeño grupo político. Mantenía la esperanza de

que algún día esa extraña fusión entre fascinación y amistad se tornara en amor y pasión.

—Se ha extendido el rumor —quebró el silencio Carola— de que Franco está a punto de morir; de que todo va a cambiar en pocos meses.

—¡Eso es mentira! —respondió Leandro con contundencia pero sin perder la calma—. No nos dejemos engañar. ¿Cuántos años lleva muriéndose? Son patrañas difundidas por el propio Régimen para evitar que el pueblo se alce contra él y, así, dilatar durante más tiempo la dictadura: frenar cualquier intento de levantamiento revolucionario. Lo de menos es Franco. Hay, incluso, quien afirma que murió hace años; que lo mantienen embalsamado en su cama, que estamos gobernados por una momia a la que manejan el Ejército, la Iglesia y el Capital: una momia a la que no piensan enterrar.

El Dyane 6 amarillo se detuvo a la espera de que un semáforo le diera paso; a la derecha, se levantaba como una amenaza el cuartel de la Guardia Civil. Leandro dirigió una mirada hostil a los dos números tocados con tricornio que custodiaban la entrada.

—Estoy convencido —dijo— de que la dictadura no caerá por sí sola. Debemos olvidarnos de las pintadas, los panfletos y las reuniones teóricas; todo eso no son más que mariconadas. En la cárcel, he llegado a la conclusión de que el único camino certero es que esto haga... ¡bum! —y al decirlo se le iluminó el rostro, como si un esperanzador futuro hubiese estallado en su interior.

El semáforo se puso en verde y el coche dejó atrás el cuartel.

Fue en ese momento cuando habló por primera vez de Luchino, un compañero de celda cuyas dilatadas charlas en el patio habían dejado hondas secue-



las en su pensamiento. Luchino era director de una compañía de teatro independiente y venía desplazado desde la Prisión Provincial de Toledo.

—Ya lo conocerás. Te va a impactar. El último día me insinuó que pronto organizaríamos algo juntos. “Algo muy grande”, dijo. Es un hombre de acción, de los que no pierden el tiempo en eternas discusiones sobre la idoneidad del trotskismo o del maoísmo. Es partidario del “¡bum!”, sin más contemplaciones.

Leandro continuó hablando de él mientras Carola conducía con la mirada fija en el tráfico, pero muy atenta a sus palabras. Contó que, aunque ahora estaba a punto de conseguir la condicional, desde el 70 cumplía condena de varios años por un atentado en grado de tentativa.

—De haberse consumado su plan —auguró Leandro—, hoy estaríamos viviendo en un país libre.

Aprovechando la coartada que ofrecía la actuación de la compañía teatral en un pueblo de la Sierra de Cazorla, el grupo de activistas del que formaba parte se propuso volar la presa que contenía el caudal almacenado en el pantano de Peal de Becerro. Muchos miles de metros cúbicos de agua a la que pensaban dejar correr de manera arrolladora. La acción no hubiera pasado de ser un simple acto de sabotaje de no ser porque, la misma mañana en la que estaba previsto colocar la dinamita, Francisco Franco, acompañado por un nutrido grupo de sus generales, iba a acudir a pescar truchas dos kilómetros más abajo del lugar donde reventaría el dique.

—¿Lo entiendes, Carola? —sonrió, exhibiendo la mueca de jugador de póker que descubre ante todos su buen juego— Es difícil que el Caudillo hubiese logrado escapar con vida de la avalancha de agua y piedras provocada por el derrumbe.

—¡Qué pena que el plan fallase! ¡Era genial! —lamentó ella, impresionada por la confidencia.

Pero la noche antes de la acción, cuando dormían en tiendas de campaña a orillas del pantano, fueron detenidos por la Guardia Civil todos los integrantes del comando. La semana anterior, un miembro del grupo había hablado más de la cuenta ante alguien que resultó ser un infiltrado de los servicios secretos del Estado.

—...Y todo se fue al traste: la compañía de teatro, la gira por Andalucía y el sueño de variar el curso de este puto país.

Luego, con la mirada puesta en la gente que paseaba por las calles, entraba en los comercios o fumaba un cigarro apoyada en las fachadas, maldijo a esta España repleta de bocazas y de chivatos, de gente ávida por delatar a sus vecinos.

Pero los años de cárcel y humillación no habían logrado doblegar a Luchino. Cada día que pasaba entre rejas, crecía su convencimiento de la necesidad de acelerar la historia, de que España sólo cambiaría cuando se consiguiera volar los cimientos sobre los que se asentaba la dictadura. Un “bum” que doblara las piernas del fascismo, que le hiciera arrodillarse.

—Esta mañana, en el momento de la despedida, le he dejado mi reloj. Ha prometido devolvérmelo. Ya tiene una excusa para visitarme cuando salga de prisión —y tras un breve silencio, añadió—. Lo confieso, estoy ansioso por conocer esa gran propuesta de la que habló en la celda, ilusionado por participar junto a él en algo grande.

Cuando el coche se detuvo frente al portal del edificio donde vivía Leandro, aún retumbaban en el cerebro de Carola las novedosas y explosivas teorías del librero. Hasta ese día, siempre había rechazado

la vía armada para salir de franquismo; la movilización obrera y estudiantil había sido el único camino para alcanzar una sociedad más libre y justa.

—¡Ya hemos llegado! —anunció satisfecha apagando el motor del vehículo—. No te he contado: hace un par de semanas nos concentramos en la plaza de Santo Domingo un grupo numeroso de gente. Protestamos por la ejecución de Salvador Puig Antich, el anarquista catalán. Enseguida aparecieron los gritos. ¡No sabes la que se armó! Allí volaba de todo. Papeleras, botellas, las banquetas de los bares...

Emocionada al recordar la hazaña, Carola le contó que buscaron refugio en la Universidad.

—Desde las ventanas de la Facultad de Letras comenzaron a caer mesas, sillas y hasta una pizarra con la que levantamos una barricada. No pudieron entrar. ¡Fue la hostia! Las balas de goma rebotaban en las paredes y silbaban como demonios a nuestro alrededor. Un tío de Derecho que llevaba guantes de moto cogió uno de los botes de humo que nos dispararon y lo lanzó contra ellos. ¡Lo coló por la ventanilla del furgón de los antidisturbios! ¡Debías haberlo visto: los guardias salían como ratas del vehículo!

—Parece que estabais esperando a que me metiesen en la cárcel para montarla —bromeó Leandro. Le gustó verla emocionada narrando el suceso. Aprovechó la oportunidad para tomar con suavidad sus manos—. Sois unos valientes: gente como tú es la que hará posible un nuevo futuro.

Antes de apearse del Dyane, el librero rebajó la acritud de su rostro. Olvidó la situación política y dirigió a su amiga una larga y sonriente mirada. Ella le devolvió la sonrisa. Tras unos largos segundos de silencio, en los que Leandro no dejó de observarla, le dijo:

—Estás preciosa. Tenía tantas ganas de volverte a ver...

—...Y yo —aseguró ella abriendo sus brazos a la espera de un nuevo abrazo al que Leandro no dudó en responder.

Después, tras sentir el calor del encuentro y convencido de que había llegado el momento, Leandro se separó, ladeó el cabello que caía sobre la cara, bajó la vista hasta su boca y, con total naturalidad, acercó despacio los labios a los de la muchacha. Carola, desconcertada por el gesto, giró el rostro y, a cambio, le ofreció la mejilla para el beso de despedida.

No lo esperaba. Contrariado por el rechazo sufrido, Leandro enderezó el cuerpo y buscó nervioso la apertura de la puerta. No sabía qué decir.

—¿Qué tal si nos vemos esta noche en el Azabache? —propuso, disimulando avergonzado la afrenta, antes de salir.

—Lo siento..., hoy es viernes. Esta noche no puedo —respondió ella con aire de disculpa y sin dejar de mantenerle la mirada—. Serafín regresa de Madrid. Mi padre ha organizado una cena con las dos familias en la Dehesa de Campoamor, en la casa de la playa. De verdad que me hubiese gustado tomar unas cervezas esta noche con vosotros... —se excusó—. Si te parece, nos vemos el lunes: recuerda que tienes muchas cosas que contarme.

El rostro de Leandro se tornó agrio.

—¿Todavía sigues con él? —le reprochó enojado—. ¿Cuándo vas a dejar de cumplir los deseos de tu papá? Pensaba que en estos tres meses todo habría cambiado, pero veo que no. Tú sigues bajo el látigo del señor Gabarrón y España, bajo el del Caudillo.

Abandonó el coche con claras muestras de enfado. Dio un portazo y, sin más, se encaminó al edificio.

Ni un adiós. Ni un cumplido de gratitud por el recibimiento y el traslado.

Carola no supo qué decir: no tuvo oportunidad de argumentar su actitud. Tampoco pudo contener unas lágrimas. Cierta sensación de culpa se había instalado en su interior por haber irritado a su amigo en un día tan especial.

Tardó unos instantes en reponerse del cruce de sinsabores que la aturdían y, aún con los ojos húmedos, arrancó el motor, metió la primera marcha y enfiló el vehículo hacia la Universidad: llegaba a tiempo de asistir a las dos últimas clases de la mañana.

Durante el trayecto, Carola se preguntaba por qué todo resultaba tan complicado. Una pregunta similar a la que Leandro se haría horas después, tras la cena, mientras fumaba en el balcón. ¿Por qué se hacía tan difícil su relación con las mujeres? Todavía le quedaban horas a la noche. Había cargado una pipa de tabaco y contemplaba en silencio las terrazas y las antenas de la ciudad. Tres meses y siete días sin riego eran suficientes para marchitar los geranios plantados en las jardineras. Tomó un puñado de tierra seca y la dejó caer lentamente sobre el tiesto. A esas horas apenas brillaban luces en el barrio. Los vecinos dormían ajenos a su desvelo. Pensó en ellos como en gente obrera al igual que él, por cuya libertad y emancipación había sufrido los puntapiés de Silla y el asqueroso rancho que servían en el comedor de la Provincial. Alguien debía colocarse al frente de la lucha y el destino lo había puesto a él. Un pueblo oprimido bajo el yugo de una dictadura fascista que, estaba convencido, requería un nuevo esfuerzo por su parte para ser demolida: quizás, el definitivo. Recordó a Luchino y su enigmática pro-